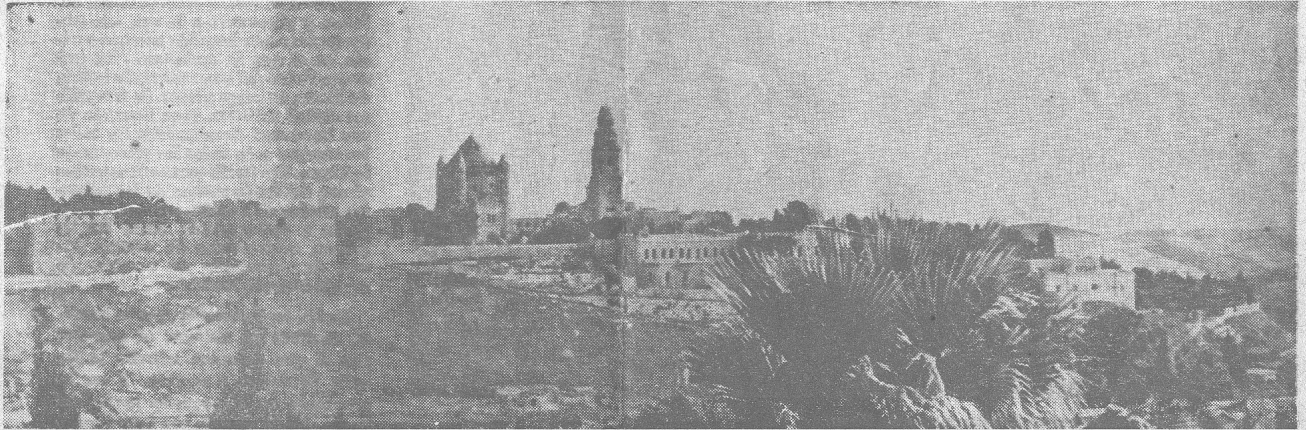


Mayo, 8 de Septiembre de 1963

un poeta venezolano en jerusalén

VICENTE GERVASI Y SUS POEMAS JEROSOLIMITANOS

Por Armando DE MARIA Y CAMPOS



Vista de la Ciudad Santa de Jerusalén, capital religiosa del Estado de Israel, donde reside el poeta israelita-venezolano Vicente Gervasi. (Fotografía propiedad de Armando de María y Campos).

Al iniciarse un sábado en Jerusalén, viernes a las seis horas de la tarde, oí por primera vez el nombre de Vicente Gervasi. Es Ministro de Venezuela en Israel y no reside en Tel-Aviv sino en la Ciudad Santa. Es el autor de una novela maravillosa, me dijo mi guía femenino, mientras tomábamos café en la terraza del hotel Rey David. Pero no se encuentra en Israel. Me habló largamente de él, de su origen judío y de que posiblemente sea el más fino y profundo de los poetas de esta raza que escribe en español, no tan universal como Ricardo Arenales —que también fue Miguel Angel Asturias y Porfirio Barba Jacob—, y desde luego menos atormentado que el colombiano.

Ahora recibo un libro de poesías de Gervasi, editado en Jerusalén, con un breve prólogo de Golda Meir, Ministro de Relaciones Exteriores de Israel, en el que ésta declara que es un florilegio de poemas de tan exquisito lirismo, en el que se da "por primera vez el caso de un poeta de habla española que se inspiró en nuestro paisaje, en el pasado y en el presente de nuestro país".

Poco o nada conocido en América, inédito en absoluto en México, creo un deber de gratitud con Israel dar a conocer a este poeta, cuya obra circula profusamente en hebreo y de una inspiración que viene de tan lejos, como las rosas, como los dátiles. Gervasi ha publicado doce tomos de poesías. El que acaba de aparecer en hebreo y en español con prólogo de Golda Meir, contiene una selección de sus libros titulados "De mi padre, el inmigrante" (1945), "Los Espacios Cálidos" (1952), "Círculos del trueno" (1953), "Por el arte del sol" (1958) y "Olivos de eternidad" (1951).

"MI PADRE, EL INMIGRANTE"

Venimos de la noche y hacia la noche vamos. Atrás queda la tierra envuelta en sus vapores, donde vive el almendro, el niño y el leopardo. Atrás quedan los días, con lagos, nieves, renos, con volcanes adustos, con selvas hechizadas, donde moran las sombras azules del espanto. Atrás quedan las tumbas al pie de los cipreses, solos en la tristeza de lejanas estrellas. Atrás quedan las glorias como antorchas que apagan ráfagas seculares. Atrás quedan las puertas quejándose en el viento. Atrás queda la angustia con espejos celestes. Atrás el tiempo queda como drama en el hombre: engendrador de vida, engendrador de muerte. El tiempo que levanta y desgasta columnas, y murmura en las olas milenarias del mar. Atrás queda la luz bañando las montañas, los parques de los niños y los blancos altares. Pero también la noche con ciudades dolientes,

la noche cotidiana, la que no es noche aún, sino descanso breve que tiembla en las luciérnagas, o pasa por las almas con golpes de agonía. La noche que desciende de nuevo hacia la luz, despertando las flores en valles taciturnos, refrescando el regazo del agua en las montañas, lanzando los caballos hacia azules riberas, mientras la eternidad, entre luces de oro, avanza silenciosa por prados siderales.

Del grupo de inéditos es "Calle Rahe! Imenu, Jerusalén":

Vivo en la calle Rahe! Imenu
—Raquel nuestra Madre—
y a media noche
oigo los lamentos de Raquel
que llama a sus hijos
por las montañas de Judea,
donde un viento de cipreses
nos lleva entre grandes astros.

Más allá los chacales
se alejan del alba,
desconocedores salvajes
de la luz que arde en los naranjos.

Y mi casa
aparece rodeada de trinitarias,
semejante a una cisterna
de piedras de Jerusalén,
piedra del Templo de Salomón,
piedra de las murallas de Herodes

Piedra del Sepulcro,
piedra de tristeza al atardecer,
piedra donde mueren las aves deslumbradas
por un sol de profetas
vestidos en vastos colores de nubes.

Y rodeada de trinitarias
mi casa vuelve a la noche,
no lejos de la tumba de David,
bajo los astros que fulgurán
con música de Salmos.

De "Olivos de Eternidad", publicado en 1961, la antología publicada en la ciudad capital de Israel, arranca estas dos preciosas joyas del poema "Jerusalén":

Desde la antigüedad de tu Libro,
manchado de sangre de corderos,
abierto al sol como prado de amapolas,
donde una vez Job aglomeró sus bienes,
yo he subido a tus piedras, Jerusalén,
ciudad del cántico del alba,
amurallado ámbito de la paz,
tumba de David.

Tus mujeres vistieron túnicas blancas en las ca-
(Hejuclas,
llevaron ramos de flores de manzano
para las danzas en las plazoletas y en las colinas,
donde alegraron un vasto día.
Roca a roca construyes tus moradas,
y toda unida te levantas como un templo
que pasa del sol a las estrellas
en la brisa plaicada de los olivos.

Te circundan niños, labradores, ovejas,
en claras laderas de espigas.
Y con tus pétreos precipicios corroidos,
y tus cipreses que suenan como oscuros laúdes,
y los almendros que florecen junto al cielo,
y las campanas que dan lumbre metálica al Cal-
(vario,
resplandeces en el tiempo como una corona.

Cerca de tus torres,
que en el atardecer se miran en el cielo
como en un lago,
me ensímismo con el sol de Dios entre las nubes,
mirando los rebaños
y al pastor de barba blanca
que vuelve a ti su mirada
con fuerte melancolía de profeta.

Yo subo a tí, Jerusalén,
llevado por el oscuro viento de los siglos,
piedra a piedra,
y allí, entre tus muros de hueso carcomido,
en tu noche melódica,
abro tu Libro bajo los relámpagos.

La de Vicente Gervasi es una de las más claras voces poéticas que se levantan sobre los hombres estos días tan colmados de problemas materiales. Su voz es profunda y emocionada y parece venir de tan lejos como su propia sangre, que arranca de las fuentes que dieron vida a Saúl o a David.